LA ESPAÑA DE HOY EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN BRASILEÑOS

Eric Nepomuceno

En el verano brasileño de 2006, las páginas culturales y los suplementos literarios han abierto generosos espacios en la prensa brasileña para la escritora y periodista española Rosa Montero, gracias a la edición, en Brasil, de su novela *História do Rei Transparente*. La escritora repite, así, lo que había experimentado dos años antes, momento de la presentación en Brasil de *A louca da casa* y de su participación en un festival literario.

En 2005, el agraciado con un espacio semejante fue el escritor catalán Enrique Vila-Matas. Allá por 1998 quien tenía destaque era el escritor Javier Marías. ¿Habrá conquistado la literatura contemporánea de España su debido espacio entre lectores brasileños?

Todavía no. Es verdad que a lo largo de la última década aumentó, y mucho, el número de reconocidos escritores españoles que tuvieron libros traducidos y editados en Brasil. Pero lo que sobrevive es la imagen aislada de cada uno de ellos, sin configurar una presencia colectiva, o sea, una imagen de literatura nacional. Los escritores españoles tienen espacio; la literatura española, no. Parece contradictorio, pero así son las cosas.

Pasa lo mismo, o casi, en todas las demás expresiones artísticas y culturales. El público brasileño reconoce la importancia de la obra de Pablo Picasso, Luis Buñuel, Pedro Almodóvar, Carlos Saura, Fernando Trueba y toda una plétora de creadores contemporáneos y clásicos. Muestras de Antoni Tàpies y Joan Miró llevaron a un nutrido público a contemplar las obras de esos dos maestros. En el ámbito teatral, la dramaturgia española es muy apreciada, tanto la de autores clásicos como la de contemporáneos. Sin embargo, es todavía débil la identificación de esos y otros nombres con el de su país de origen.

En el fondo, es curiosa la distancia que separa la obra de autores conocidos en mayor o menor grado y su país. Lo mismo se extiende a la imagen de España: en ocasiones puntuales se acompañó de cerca a algunos acontecimientos de la vida española, en especial los de la Transición. El Pacto de la Moncloa, la legalización de los partidos políticos, la amnistía, todo eso ocupó, en su época, amplios espacios en los medios de comunicación de Brasil, que vivía una etapa semejante de transición en el régimen militar instaurado en 1964, que perduró hasta 1985. La «movida madrileña», aunque de manera un tanto nebulosa, y la ascensión del PSOE al poder también han sido foco de un constante acompañamiento por la prensa.

Nada de eso, en todo caso, ha sido suficiente para que se establecieran raíces capaces de mantener una presencia permanente de la realidad española en los medios de comunicación de Brasil. Todavía existe un desconocimiento palpable. Ni siquiera la presencia masiva de empresas españolas en sectores clave de la vida cotidiana —de operadoras de telefonía a bancos, pasando por distribuidoras de combustible y energía eléctrica, que hicieron que a lo largo de algunos años España fuese el mayor inversionista en Brasil— ha logrado establecer, entre los brasileños, una imagen consolidada del país de Picasso.

Es importante registrar un hecho evidente: existe una predisposición muy positiva, por parte por los brasileños, a todo lo que se refiera a España. Una especie de simpatía previa, que contribuye, y mucho, a la hora de realizar el trabajo de sedimentación de la cultura española en el país, llevado a cabo por instituciones como el mismo Instituto Cervantes.

A bordo de esa perspectiva, y al amparo del formidable flujo comercial y empresarial registrado a partir de la segunda mitad de los años noventa, los gobiernos de los dos países declararon que las relaciones entre Brasil y España son «estratégicas». Un detalle: en ambos países hubo cambios de gobierno, y los nuevos mandatarios ratificaron la declaración.

Efectivamente, en el campo comercial y empresarial las relaciones son más concretas y significativas que nunca. Es en el ámbito cultural donde todavía hay mucho camino por recorrer, y en las dos direcciones. Existe consenso sobre la importancia de reforzar los lazos culturales y se trabaja para eso.

Los primeros años del siglo XXI muestran la ampliación del abanico de acciones culturales de España en Brasil. Lo mismo se refleja en la industria cultural. Grandes grupos editoriales españoles se establecieron en Brasil. Se multiplican las muestras de artes visuales y el cine español contemporáneo gana espacio creciente. Falta mucho, es verdad, para que ese flujo sea constante. Pero también es mucho lo que se conquistó.

Un dato curioso señala hasta qué punto el acercamiento entre los dos países tiene potencial de crecimiento: a pesar de tener al portugués como idioma, Brasil es uno de los mayores importadores mundiales de materiales para la enseñanza del español.

La razón es simple: desde julio de 2005 quedó establecido por ley que toda la red escolar brasileña, pública y privada, tiene que ofrecer a los alumnos de grado medio (los años curriculares inmediatamente anteriores al ingreso en la universidad) cursos regulares de español. Los cursos son opcionales. Desde 2003, el español —y también por ley— debe ofrecerse a los alumnos de la escuela primaria.

La implantación de la nueva ley se dará por etapas, a lo largo de cinco años. A principios de 2006, no se cuenta con datos oficiales sobre cuántos estudiantes brasileños cursan efectivamente las clases de español en las escuelas públicas y privadas. Sin embargo, las perspectivas son más que halagüeñas. Existen en Brasil alrededor de 9.300.000 alumnos cursando el segundo grado escolar. Alrededor del 80 % de las 6.500 escuelas privadas ya ofrecen el curso opcional de español en el segundo grado.

En algunos estados brasileños, como São Paulo, el mayor de todos, la red pública ofrece cursos de español en el 90 % de los establecimientos. El escenario se repite en los estados que tienen fronteras con países hispanohablantes, especialmente en el sur de Brasil.

No cabe ninguna duda de que esa medida servirá para impulsar la difusión de la cultura española en Brasil, así como la de los países vecinos hispanohablantes. Si a eso se suma la existencia del Mercosur, queda claro que se trata de un panorama especialmente promisorio, y que en muchos aspectos ya se concretó.

El interés por el idioma aumentó de manera formidable a lo largo de los últimos diez años, y la tendencia es hacia un crecimiento aún mayor. El fuerte incremento de las relaciones comerciales entre los miembros del Mercosur, y muy especialmente entre los dos socios mayores —Brasil y Argentina—, significó, entre otras cosas, la perspectiva de apertura de un nuevo mercado de trabajo, donde el manejo del idioma español es fundamental para los brasileños. La presencia de empresas españolas en Brasil, a su vez, abrió nuevos focos de interés sobre esos fuertes conglomerados empresariales. Tarde o temprano, la inserción de esas empresas se extenderá de la vida cotidiana del país a la difusión de la imagen de España, a través de la realización de eventos culturales que merecerán, en los medios de comunicación, el debido espacio, que —a propósito— ya ocupan en las páginas de economía y finanzas. Porque la verdad es que todavía queda pendiente la cuestión de la presencia de la cultura española en los medios de comunicación, que es palpable, pero que no logró superar la etapa de las individualidades. Es decir, se conoce a escritores, cineastas, pintores y dramaturgos, pero no existe una visión amplia e integradora de España y su cultura.

Hay otro aspecto positivo para las perspectivas de un rápido acercamiento entre los dos países: la fuerte pre-

sencia española en la formación cultural de Brasil. Sin embargo, son raras —muy raras— las veces que los medios de comunicación brasileños recuerdan esa realidad. Por ejemplo, uno de los fundadores de São Paulo, en 1554, fue un jesuita de las Islas Canarias, el padre José de Anchieta. Desde aquella lejana historia han sido muchos los españoles que han destacado en los ámbitos más diversos, desde la publicidad a la vida académica, de la gastronomía a la fotografía, a lo largo y a lo ancho de todo el país. Ocurre que una de las características más fuertes de la personalidad brasileña contribuyó para que esa presencia fuese poco notada: Brasil es un país esencialmente asimilador. Los inmigrantes de las más diferentes latitudes son rápidamente incorporados al escenario humano del país, hasta el punto de que los brasileños olvidan que vinieron de otros parajes, y los tratan como compatriotas.

El acercamiento personal entre artistas de los dos países también podrá contribuir a que se estrechen lazos. Los medios de comunicación de Brasil no suelen tratar el tema y se limitan a registrar casos puntuales, como la participación del compositor y cantante Caetano Veloso en películas de su amigo Pedro Almodóvar, o recordando las aproximaciones entre el poeta João Cabral de Melo Neto y el pintor Joan Miró, o el creciente interés del cineasta Fernando Trueba por personajes de la música brasileña. Aunque indirectamente, una vez establecidas las relaciones, en los medios de comunicación quedan registradas las cercanías.

Bajo cualquier punto de vista son nítidas las señales de que Brasil y España persistirán en el camino del acercamiento. Las condiciones propicias existen: simpatía previa, un espíritu abierto. Quedan varias tareas, y la principal de ellas quizá sea superar la etapa de los clichés pintorescos que asocian, de inmediato, la imagen de España a las corridas de toros y a las panderetas. El dinamismo de la cultura española, su rica diversidad, las vertientes contemporáneas de una producción cultural que no descarta la sólida tradición... todo se transforma en herramientas que, bien utilizadas, podrán arraigar entre los brasileños una imagen mucho más justa y adecuada de la España de hoy.

El trabajo realizado en esa dirección ya empezó a surtir sus efectos. La misma expansión de la enseñanza del español en Brasil servirá para acortar distancias. Bajo muchos aspectos, España es una imagen en construcción. Y la contribución de las artes y la cultura en esa tarea es, siempre, fundamental. ■

Eric Nepomuceno es escritor y colaborador en Brasil desde 1980 del periódico español *El País*.